# La radio en la Argentina

## La obstinada vigencia de un medio invisible

*A ochenta y cuatro años de la emisión inaugural del teatro Coliseo de Buenos Aires y del afanoso empeño de "Los Locos de la Azotea" para consumar ese hito, la radio sigue conviviendo con nosotros pese a la contumaz acechanza de la vídeo-tele-cultura. En esa desapacible topografía, la radiofonía constituye un campo de referencias y evocaciones de imágenes, paisajes, sonoridades, sugerencias. La radio se hace imaginación con la voz, escenografía con la música, sonoridad con los efectos y sugerencias con el silencio.*

**Oscar E. Bosetti**
Profesor Titular de la Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Actual Subsecretario de Medios de Comunicación de la UBA.

Las agujas de los relojes apenas habían desequilibrado el ángulo recto de las nueve de la noche. Después fueron los pausados acordes musicales que introducían a Parsifal, el drama lírico elucubrado por Richard Wagner (1813-1883). Un pequeño número de antenas distribuidas por la Ciudad Aldea apresó esa onda sonora vermicular que durante casi tres horas se empeñó caprichosamente en difundir esa "audición llovida del cielo", como tituló el diario La Razón del día siguiente.

Desde aquella noche fundacional del 27 de agosto de 1920 han pasado ochenta y cuatro años y miles de voces y sonidos han recorrido los inasibles surcos del éter radiofónico. Allí quedaron registrados los momentos de esporádicas alegrías o infinitas penurias que acompañaron la vida cotidiana de nuestra sociedad. Ahí se cruzan y conviven los personajes tiernos, irrepetibles de Niní Marshall y la inconfundible máscara del Felipe de Luis Sandrini, la incuestionable ductilidad vocal de Pepe Iglesias, "El Zorro", y la ácida de su tocayo Arias; los enfervorizados relatos de Luis María Sojit, Lalo Pelicciari o el "Gordo Muñoz" y las narraciones amables de Fioravanti, Osvaldo Caffarelli o –más acá en el tiempo– Víctor Hugo Morales. También están las historias de "Tarzán Rey de la Selva" para compartir la leche y las tostadas con manteca y dulce de leche y las sagas aventureras de un "Poncho Negro" invencible y fraternal o un "Terry Atlas" siempre dispuesto a cumplir con la misión aérea que se le había encomendado.

Para más de una generación que primero vibró junto al aparato con formato de "capilla" o "catedral" y luego con la portátil "a transistores", la radio es el medio que está inexorablemente asociado al discurrir de un universo compuesto por vocablos ríspidos o gentiles, extraños o familiares a fuerza de tanto sonar: "mamarrachito mío", "aquí Base Naval Puerto Belgrano", "les habló el Amigo Invisible", "deben ser los gorilas deben ser", "informó: el Boletín Sintético de radio El Mundo", "he aquí las primeras noticias para este Boletín", "venga del aire o del sol /del vino o de la cerveza...", "sí amigos; ésta es la casa de los Pérez García", "tu show nocturno exclusivo, Modart en la noche", "a partir de este momento las emisoras integrantes de la Cadena Nacional...", "... a las veinte y

veinticinco...", "cita de la juventud triunfadora". En fin, "¡Ay Esmeralda! rascame la espalda...".

**Un reinado incuestionable**

Durante cuarenta años, la radio urdió pacientemente la trama de una identidad nacional y social que se organizó en base a palabras fugaces y sonidos de largo alcance. Por ella, entonces, pasaron los momentos de gloria del Tango y del Radioteatro, del Humor microfónico y del Deporte, de la música Folklórica y de la Información. Hasta que un día irrumpió un nuevo y engreído competidor: llegó la televisión. A partir de ese instante tuvo que adecuarse a un tiempo que auguraba el inicio de un nuevo imperio avasallador y definitivo: el de la imagen. Sin embargo, resistió y pudo continuar su ciclo pese a los agoreros designios de quienes desalentaban su futuro.

A ochenta y cuatro años de la emisión inaugural del teatro Coliseo de Buenos Aires y del afanoso empeño de "Los Locos de la Azotea" para consumar ese hito, la radio sigue conviviendo con nosotros pese a la contumaz acechanza de la vídeo-tele-cultura. En esa desapacible topografía, la radiofonía constituye un campo de referencias y evocaciones de imágenes, paisajes, sonoridades, sugerencias. La radio se hace imaginación con la voz, escenografía con la música, sonoridad con los efectos y sugerencias con el silencio. Cada componente sonoro, además de dar lo mejor de sí acompaña al resto de tales reflejos, creaciones e imaginaciones. Gracias a esta capacidad, la radio hiperboliza la realidad. La sugerencia de la belleza de una persona instiga al oyente a que se proyecte su máximo ideal de hermosura y la representación acústica de una invasión a la Tierra desata el pánico. Sin imagen visual, la radio consigue crear su constelación de estrellas y perpetuarla. Aunque la voz se apague en las antenas persiste en la memoria colectiva o particular de cada uno. Es el efecto de la impregnación auditiva frente a lo visual. Los niños de las décadas en que no había TV preservan en su imaginario las voces de los locutores y actores de la época, reproducen músicas que se imprimieron en sus recuerdos y repiten los nombres de sus astros preferidos. Se han quedado en algo más próximo y comunicativo formando parte de la vida íntima de cada oyente.

Al principio, se sabe, fue la palabra. No había escritura para transmitirla, pero sí expresión oral para pasarla de generación en generación. La radio se une a la tradición oral, a lo primigenio y más elemental del ser humano. De ahí, por cierto, su penetración y arraigo. Y (¿por qué no?) su obstinada vigencia. ¿Acaso no es dable aventurar que habrá radio mientras subsista el relato oral? ¿ O que las radiofonías permanecerán incólumes mientras el hombre no extravíe el verbo ni ajene el simple hecho de escuchar? En tanto, los parlantes seguirán sonando y en este ecosistema de medios, por ejemplo, el relato radiofónico se seguirá enlazando con las narraciones tradicionales. Convirtiendo a los programas informativos en el romancero de nuestros días, en las coplas de ciego que cuentan los sucesos de la implacable realidad.

**Los comienzos de la radiodifusión argentina**

Luego de una larga serie de pruebas pioneras realizadas por el ingeniero Teodoro Bellocq utilizando el lenguaje de la radiotelegrafía [1], al anochecer del 27 de agosto de 1920 se realizó, finalmente, la primera emisión radiofónica en nuestro país. En ella participaron el doctor Enrique Telémaco Susini y un grupo de entusiastas colaboradores que compartían tanto las aulas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires como las largas noches de la bohemia porteña; ellos eran: Luis Romero Carranza, César José Guerrico y Miguel Mujica. Para tal fin, instalaron en la azotea del edificio un rudimentario equipo transmisor de no más de cinco vatios de potencia, que difundió estoicamente la

presentación de la ópera Parsifal, de Richard Wagner, programada para esa histórica velada por Walter Mochi y Faustino Da Rosa, los inquietos empresarios del Teatro Coliseo.

Susini –un médico especializado en nariz, garganta y oído que, tiempos antes, había regresado de Europa con la última novedad tecnológica en materia de transmisiones inalámbricas: las lámparas Metal–, sin proponérselo, se convirtió en el primer locutor de la radiodifusión argentina cuando anunció: "Señoras y señores: la Sociedad Radio Argentina les presenta hoy el festival sacro de Ricardo Wagner, Parsifal, con la actuación del tenor Maestri, la soprano argentina Sara César, el barítono Rossi Morelli y los bajos Chirino y Paggi, todos bajo la dirección de Felix von Wingartner, secundados por el coro y orquesta del Teatro Constanzi de Roma". Dispersos por diferentes sitios de la Ciudad de Buenos Aires, una veintena de atentos receptores en poder de aficionados a la radiotelefonía captaron esa opaca señal, que inauguraría un servicio continuo, ininterrumpido, como hasta entonces no había ocurrido.

La radiodifusión (esa etapa superior de la radiotelefonía) comenzaba a recorrer sus primeros pasos y esos balbuceos no pasarían inadvertidos. Al día siguiente, el crítico musical Miguel Mastrogiani escribía en las páginas del diario La Razón:
"Es posible que mucha gente ignore una cosa simple y a un mismo tiempo maravillosa. Disimuladas entre chimeneas, tubos de respiración, soportes de hilos telefónicos y cables eléctricos, desparrámase por los techos de las casas de la ciudad, sensible y alerta un buen número de antenas de radiotelegrafía. Corresponden a otros tantos aparatos receptores y transmisores de la onda marconigráfica, de uso particular y autorizados todos. Alguien tuvo la feliz idea de colocar en lo alto de la sala del Coliseo un micrófono potente. Y anoche, una onda sonora onduló vermicular, de las 21.00 a las 24.00 por el espacio, como cubriendo con su sutil celaje de armonías –las más caprichosas, ricas y grávidas de nobles emociones– la ciudad entera. Y por tres horas, no sólo aquellos iniciados en el secreto, sino cuantos por razones de oficio o en virtud de la casualidad –marinos de barcos que disponen de aparatos, operadores de estaciones radiotelegráficas, esclavos todos de la escucha– tuvieron el regalo de la audición de Parsifal, la obra maestra de Wagner, que se interpretaba en el teatro precitado. Diversas capitales cuentan con una organización que se titula 'teatrofón', cuyos abonados, mediante un aparato telefónico, disfrutan de audiciones musicales, de conferencias y discursos. Lo de anoche fue algo más que eso: a la maravilla científica sumóse la delicadeza conmovedora que entrañó el pensamiento de quienes lanzaron al espacio, sin finalidad interesada alguna, todo el tesoro estético que se encierra en la partitura de Wagner. Buenos sembradores, echaron puñados de emoción al espacio para que los recogiesen cuantos de ella pudiesen tener hambre y sed. Y a fe que los beneficiados habrán podido creer que esas notas divinas venían del cielo..."

Así, entonces, LOR Sociedad Radio Argentina comenzaba sus emisiones que hasta finales de 1922 serían las únicas que se podían receptar en el dial de la Capital Federal. En 1990 y en conmemoración de los setenta años de la primera transmisión radial del mundo, la Organización Susini publicó un folleto donde, entre otros materiales, Enrique Telémaco Susini describe los inicios de la radiodifusión nacional en un tono campechano y directo:
"Ya habían pasado dos años desde la noche en que irradiamos al espacio Parsifal, el festival sacro de Ricardo Wagner bajo la prodigiosa batuta de Félix von Weingartner y el interés del público acrecía con nuestras transmisiones del Colón, Coliseo y Cervantes y también con conciertos individuales que daban tan buenos amigos como eran López

Buchardo, Constantino Gaito, Pessina y tantos más a los cuales se unían extranjeros como Rubinstein, Casadó, Risler, etcétera. De tal manera que a pesar de que muchos comerciantes habían traído algunos equipos y sobre todo teléfonos y galena y los primeros aparatos a lámpara, no alcanzaban de ninguna manera a la demanda.

Cuando un par de años después nosotros disponíamos de amplificadores y también de algún altoparlante de cierta calidad se nos ocurrió, con objeto de responder a un pedido de la Sociedad de Beneficencia “El Divino Rostro”, que presidía la señora Astengo de Mitre, colocar a la grande y prestigiosa artista Ninón Vallín en la sala del teatro Coliseo mientras el público ocupaba la platea del Cervantes y frente a un altavoz prestaba su atención y sus aplausos a la voz que salía por aquella corneta.

En verdad quienes se hallaban en condiciones de pedir beneficio éramos nosotros mismos ya que en los cuatro años de existencia habíamos creado, mantenido y explotado (si así se puede llamar) un asunto de interés público tan grande, a nuestra única costa. En realidad nosotros no hicimos gestión, ni siquiera quisimos usar del aviso que se nos ofrecía constantemente, no queríamos empañar tantos años de duro trabajo con algo que nos parecía inferior a nuestros propios propósitos. Nuestro mayor interés ya en aquel momento, era desarrollar la ONDA CORTA en oposición a las grandes empresas mundiales que lo hacían en ondas largas. Ya al transmitir desde el primer momento nuestra estación del Coliseo ocupó un lugar en lo que se definió como ondas medias, posición que se respetó en todas las broadcastings del mundo. Nuestros estudios posteriores demostraron que en ondas más cortas la propagación era muy superior y así imaginamos un sistema de transmisión mundial de radiotelegrafía y radiotelefonía en onda corta.

En el año 1925 vendimos Radio Argentina en una suma que para entonces era muy importante, que fue a parar inmediatamente a acrecentar el tráfico con Brasil que manteníamos en forma experimental al mismo tiempo que iniciábamos nuestras gestiones para obtener un permiso de tráfico internacional.

Si bien no fue nada fácil conseguir este permiso, cuando quisimos obtener el correspondiente en Europa, se hizo de una dificultad casi absoluta. Viajaba yo de una capital a otra y sabía que me seguían competidores que no estaban dispuestos a que un pobre argentino viniera a disminuir sus tarifas.

Gracias a Alfonso XIII y sobre todo al decidido apoyo de Primo de Rivera, conseguí entrar en España y a través de ella en Europa, y así pudimos crear y poner en marcha el primer equipo internacional de radio y radiotelefonía en onda corta.”

O. E. B.

**Nota**

[1] En 1913, el Ministerio de Marina le otorga al ingeniero Teodoro Bellocq la primera licencia para operar como radioaficionado particular. De esta manera, instala dos estaciones sonoras en sus domicilios de Buenos Aires y San Isidro desde donde realiza sus primeros escarceos de intercomunicación radiofónica. Al poco tiempo nuevos cultores se van sumando a esta práctica; entre ellos se puede nombrar al joven Ignacio Gómez, que estuvo relacionado con el grupo mitológico de Susini hasta poco tiempo antes de la

noche fundacional; el capitán Luis Orlandini, que fue uno de los fundadores del Radio Club Argentino; los hermanos Federico y Enrique del Ponte, Horacio Martínez Seeber –quien el 2 de octubre de 1925, desde el techo del vestuario de la cancha de Sportivo Barracas, transmitiría por primera vez un partido de fútbol: el disputado entre los seleccionados nacionales de Argentina y Uruguay–; el ingeniero Guillermo Gutsche y Rafael Mastropaolo.